

TECLEO RAPIDO

Me invitaron a una amable tertulia de verano en una casa de fantasmas. No siempre es cierto que las almas en pena se dediquen a mover objetos para asustar a los intrusos. Esa tarde sentimos que sus desaparecidos moradores, Delia del Carril y Pablo Neruda, estaban allí y escuchaban sonrientes las anécdotas que les atribuían quienes los conocieron en ese mismo lugar.

La casa está ubicada en la calle Lynch Norte, en la comuna de La Reina. Sus dueños la llamaron Michoacán porque venían de regreso de México, donde habían estado durante la Segunda Guerra Mundial. Querían tal vez que se pareciera a un rancho con la puerta abierta a los amigos y con un amplio muestrario de objetos sencillos y maravillosos. Instalaron en la casa caracolas de océanos y países remotos, botellas verdes, artesanías indígenas, cuadros, libros, retratos de amigos. Cuando llegaron allí en 1943 la casa era sólo una modesta construcción con un extenso terreno. Corrían acequias a tajo abierto; la avenida más próxima se llamaba Los Guindos, y los tranvías terminaban su recorrido en la Plaza Egaña. En Michoacán había grandes árboles y una gallarda araucaria que Neruda cuidó como lo más preciado de su nuevo domicilio. Tenía la idea de que fuera una casa de la poesía y construyó al fondo un escenario que serviría de tribuna a los poetas y en el que se realizarían funciones de teatro o recitales de músicos.

Era la época en que Neruda iniciaba su trayectoria



Delia y Neruda en los años 40.

La casa de Delia

Esa tarde sentimos que sus desaparecidos moradores, Delia del Carril y Pablo Neruda, estaban allí y escuchaban sonrientes las anécdotas que les atribuían quienes los conocieron en ese mismo lugar.

Todo se fue deteriorando cuando el matrimonio se derrumbó y apareció en escena Matilde Urrutia, la nueva pasión de Neruda. 'La Hormiguita' enfrentó con estoicismo la nueva situación. Pocos escucharon algún lamento suyo, aunque los amigos se dividieron en dos bandos: los partidarios incondicionales de Delia y los que estimaron que se trataba de un conflicto particular en el que no debían intervenir.

Desde entonces Michoacán fue la casa de 'La Hormiguita'. A los 70 años reinició su trabajo de artista plástica en el taller 99 de Nemesio Antúnez. En sus años juveniles había sido discípula en París del pintor André Lothé y hasta fue una figura en el movimiento del cubismo sintético, junto a Braque y Juan Gris. En su nueva etapa demostró ser alumna aventajada: aparecieron sus grabados de grandes dimensiones con caballos que parecían que en su galope romperían el marco. Hizo innumerables exposiciones, viajó con sus trabajos a diversos lugares, se rodeó de artistas jóvenes que la ayudaban y con los que creó

política. Había sido elegido senador de la República y ya se conocían "España en el corazón" y los "Cantos de amor a Stalingrado". La dueña de casa, Delia del Carril, era una bella dama argentina con un pasado legendario. Procedía de una rica familia de estancieros, había vivido en París y Madrid, militaba en el PC y la inflamaba la causa del proletariado. Le decían 'La Hormiguita' por sus desvelos solidarios en España.

No era muy eficiente en los detalles domésticos. Acostumbrada a disponer de servidumbre, nada sabía de cocina ni de compras. Pero su sentido de la hospitalidad la impulsaba a invitar a comer

a granel a la gente con que se encontraba. La casa estaba siempre llena de amigos y las tertulias eran memorables. Como había espacio de sobra, eran acogidos allí emigrantes españoles, judíos que habían escapado de las garras de Hitler, poetas sin domicilio, artistas provincianos llegados recién a la gran ciudad hostil. Michoacán recibió además a huéspedes ilustres, invitados por el poeta a sus cumpleaños y a conocer Chile. Alojaron en ella Diego Rivera, Rafael Alberti, María Teresa León, Jorge Amado, Miguel Ángel Asturias, Ilya Ehreburg, Nicolás Guillén, entre otros. La casa crecía, era bullente, acogedora e insólita.

LUIS ALBERTO MANSILLA

una comunidad entrañable.

Sufrió un accidente que la obligó a permanecer el resto de sus días en silla de ruedas, pero siguió trazando sus grabados. Realizó su última exposición en 1983, cuando cumplió 99 años. La sombra del poeta desapareció de sus referencias públicas. Nunca se encontraron de nuevo.

La casa envejeció. La humedad, el paso de los años y la falta de dinero para repararla la fueron desmantelando y destruyendo. 'La Hormiguita' se redujo a su dormitorio y el resto de las habitaciones fueron ocupadas por pintores jóvenes, estudiantes o matrimonios que capeaban allí el temporal de sus bolsillos. En los días de lluvia las goteras inundaban el amplio salón; el techo y los muros amenazaban con derrumbarse. Delia ya no tenía bienes y vivía de la solidaridad de sus amigos. Estuvo lúcida hasta los 100 años, cuando sus compañeros pintores organizaron una pequeña fiesta en su honor. Murió en julio de 1989, ya absolutamente desconectada de los recuerdos.

La tertulia de ese día, bajo los árboles marchitos por la falta de riego de Michoacán, había sido convocada por la Fundación Delia del Carril, de creación reciente, presidida por el pintor José Balmes. Se tiene pensado reconstruir la casa para transformarla en un centro cultural. Naturalmente, para eso hacen falta fondos que hoy no existen. Tendrían que aportarlos donantes voluntarios, varios de los cuales estaban presentes ese día. Creemos que vale la pena rescatar un lugar excepcional de la cultura chilena de este siglo.